

sino también de la historia de las disciplinas artísticas, podemos contar con que continuará esta elogiabile labor de rescate.

Mapa arqueológico argentino, Dick Edgar Ibarra Grasso, S.L. (Buenos Aires): Prod. Miguel Doura, s.d., 1997.

Una obra como ésta estaba haciendo falta en la enseñanza. El autor (nacido en 1914 en Concordia, provincia de Entre Ríos) divide el pasado arqueológico de Argentina en cuatro épocas: culturas paleolíticas y mesolíticas precerámicas (70000 - 3200 a.C.); primeros agricultores con cerámicas y sus derivaciones (3200 a.C. - 0 en el N.O.); altas culturas con cerámica pintada y bronce (desde algunos siglos a.C. hasta el 900 d.C.); finalmente, desde el 900 en adelante (concluye con la invasión de los araucanos en el siglo XVII).

De cada uno de estos períodos se indica, a todo color, la distribución geográfica de los principales hallazgos, con sus respectivos etnónimos y culturónimos, y de cada cultura se reproducen piezas arqueológicas en la mayor cantidad permitida por el espacio disponible sin tener que reducir demasiado las figuras. En mayor tamaño se reproducen en el centro algunas piezas de excepcional belleza, todas ellas del sumamente fructífero N.O. argentino. Sobre cada época y cada cultura se ponen también unas líneas explicativas, donde se

insiste en la proveniencia e influencias sufridas.

En la primera época arqueológica es de notar la elevada fecha que el autor supone al primer poblamiento del país, a pesar de que adjudica una antigüedad de aproximadamente 40000 años a la más antigua de las culturas allí incluidas (Elmoradense, Salta); es evidente que la mayoría de los colegas rechazará este dato; hasta el momento, Ibarra daba esa fecha al primer poblamiento de América (y no de Argentina), justificándola detalladamente en obras de mayor envergadura como *Sudamérica indígena* (Buenos Aires, 1994).

La clasificación de las culturas de la tercera fase es perfectamente coherente, aunque tampoco aquí estén de acuerdo todos los demás arqueólogos; de hecho, cada uno tiene su propia ordenación. Más información al respecto, con abundancia de ilustraciones y discusión de teorías ajenas, en la obra de Ibarra repetidamente reeditada *Argentina indígena* (Buenos Aires, 1991).

Alberto Ángel Montoya, *Selección y presentación de Santiago Salazar Santos. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo (Poesía rescatada, 1)*, 1995, 188 págs. y 3 láminas.

Es muy elogiabile la iniciativa del instituto bogotano de publicar una serie o colección dedicada a rescatar buena literatura nacional caída en el olvido o de difícil acceso actual. El primer volumen es una an-

tología de poesía y prosa (con total predominio de la primera) de este escritor fallecido el 20 de noviembre de 1970. La mayor parte de su producción data de la primera mitad de nuestro siglo, muy especialmente de los años veinte y treinta; ello tiene que ver con un accidente que le hizo perder la vista, como consecuencia de lo cual se aisló por completo y pasó así los últimos 35 años de su vida.

Montoya fue un bogotano acaudalado que nunca necesitó trabajar, aunque jamás viajó al exterior. Fue un *dandy* y un donjuán; dos de sus temas más recurrentes son la mujer y el amor, y numerosas poesías suyas están dedicadas a otras tantas damas de su ambiente social. No falta, sin embargo, una cierta inclinación mística en sus versos. Introvertido, aunque hombre de mundo, se mantuvo independiente de los ismos literarios; llevó su aislamiento final al extremo de rechazar todo tipo de homenajes y de publicidad, después de haber hecho una vida social muy intensa en las décadas precedentes; pero nunca aceptó hacer grabaciones o entrevistas para la radio o la televisión, con excepción de una grabación de sus propias poesías cuando ya era un anciano.

Un botón de muestra de su producción: «Dejó la copa exhausta / sobre la mesa grave. / Descorrió silencioso / los grises cortinajes / y pensó vagamente: / ¿De todo qué nos resta / tras el sensual alarde? / Sólo una flor marchita / en la seda del traje».

El primer hospital de América y otros relatos médicos, Juan Jacobo Muñoz Delgado, prólogo de Germán Arciniegas. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995, 232 págs.

Muñoz es médico. Hace una veintena de años fue también Ministro de Educación. En esa época nombró una comisión de estudiosos para que hallaran el lugar en que se fundó la primera ciudad americana continental en el golfo de Urabá: Santa María la Antigua del Darién, abandonada luego de 25 años por su traslado a Panamá. En dicha primera ciudad «se construyó la primera catedral de América a la que vino el primer obispo del hemisferio. Se hicieron la primera casa de gobierno, el primer hospital, el primer lazareto, el primer circo de toros y se realizaron las primeras elecciones libres. Desde allí salieron expediciones a descubrir el Mar del Sur y muchos otros lugares». (19)

Muñoz reconstruye la historia de ese primer hospital en el texto inicial de esta recopilación de discursos y conferencias. Su prosa es agradable y llana, como sucede con los buenos científicos. No hay prosa más legible y substancial que la de Einstein en sus artículos de *Mein Weltbild*, o la de Albert Schweitzer en *Aus meinem Leben und Denken*; esta tradición está preclaramente representada en castellano por un Feijóo y un Gregorio Marañón, entre otros.

Los demás trabajos de corte histórico del volumen (la palabra «relatos» del título no debe hacer pensar en historia novelada o algo por el

estilo) son «Historias de la cancerología en Colombia», «Recuerdos del Instituto de Cancerología (1946-1948)» (Muñoz fue jefe de cirugía de este instituto durante más de 20 años), «Maestros de la cirugía» (narración amenísima de épocas pioneras de la medicina colombiana, contada por uno de sus protagonistas como trasfondo de la historia de sus maestros), «La Sociedad de Cirugía de Bogotá» (homenaje a 10 médicos colombianos de la segunda mitad del siglo pasado y primera del presente), «El corazón en Colombia en 1940» (recuerdos sobre todo de su aprendizaje cardiológico universitario) y «César Augusto Pantoja (diciembre 18, 1904 - septiembre 5, 1993)» (discurso fúnebre a este ilustre médico y compatriota).

La obra cuenta con algunos textos de carácter no histórico de los cuales me limito a mencionar dos: «Notas sobre el origen del lenguaje y su desarrollo» (texto leído en 1992 al ingresar en la Academia Colombiana de la Lengua, en sus dos terceras partes se ocupa de los presupuestos fisiológicos del lenguaje y su evolución) y «Orden de la Democracia del Congreso de Colombia» (leído al recibir esta condecoración, asimismo en 1992). En total, una lectura tan entretenida como didascálica.

Libro de los Nocturnos, prólogo, selección y notas de Vicente Pérez Silva, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1996, 186 págs. y 6 láminas.

Para celebrar el centenario de la muerte del gran poeta colombiano

José Asunción Silva (1865-1896), el instituto editor publica esta obra ilustrada que se inspira en el tema poético más famoso del romántico Silva. Medio centenar de poetas nacionales (y alguna excepción extranjera como Tagore, pero en traducción colombiana y en calidad de epígrafe) discurren aquí literariamente sobre la noche. El prólogo de Pérez Silva lo hace en prosa muy erudita, rastreando este tema en la literatura mundial.

Prescindiendo del material introductorio en prosa y poesía, la obra se divide en cuatro partes. La primera reproduce cuatro *Nocturnos* de Asunción Silva; son lo mejor del libro. La segunda trae cuatro *Nocturnos* de otro afamado poeta colombiano, León de Greiff. La tercera hace lo propio con cuatro *Nocturnos* de Aurelio Arturo. La cuarta, finalmente, abarca los poemas de los restantes autores, presentados en orden alfabético; en su mayoría absoluta están tomados de obras publicadas; sólo unos pocos (por ej. el de Noel Estrada Roldán y el de Jesús Restrepo Rivera) son inéditos.

Novus Orbis, facsímil del ejemplar rarísimo de la Real Colegiata de San Isidoro de León, introducción Jesús Paniagua Pérez; traducción y notas: Juan F. Domínguez Domínguez, León: Universidad de León / Cátedra de San Isidoro de la Real Colegiata de León, 1995, 190 págs.

Entre 1493 y 1525, Pedro Mártir de Anglería (o Anghiera) escribió en latín sus famosas *Décadas* en